

Voces de la Ceiba

Trabajo ganador del Primer Concurso Universitario
de Cuentos "Voces de la Ceiba", 1999

Voces de la Ceiba

**Textos ganadores del Primer Concurso
Universitario de Cuento *Voces de la Ceiba*, 2011.**

Universidad Autónoma de Campeche



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CAMPECHE

Mtra. Adriana del Pilar Ortiz Lanz
Rectora

Lic. Gerardo Montero Pérez
Secretario General

Lic. Manuel Sarmiento Morales
Coordinador General de Asesores

Lic. Delio R. Carrillo Pérez
Director General de Difusión Cultural

M. en A. Angélica del C. Soto Martínez
Coordinadora General Académica

Primera edición 2012.

Copyright:

Universidad Autónoma de Campeche.
Dirección General de Difusión Cultural
Avenida Agustín Melgar s/n entre Juan de la Barrera
y calle 20, Col. Buenavista, C. P. 24039,
San Francisco de Campeche, Campeche.

Cuidado de la edición: Mtro. Pedro Ángel Ramírez Quintana

Imagen de la portada: "*Rictus Corpóreo*", Arte Digital
Autor: Lic. Ramón Arcila Heredia

ISBN: 978-607-7887-34-8

Impreso en Campeche, México.

Presentación

Un compromiso de esta Universidad es contribuir a la formación integral de los estudiantes; quienes, además de buenos profesionales, deben interactuar dentro de una sociedad donde la humanística sea un pilar del desarrollo social para un México mejor.

En este sentido, hemos diseñado programas específicos de apreciación de las artes para acercar a nuestros universitarios a las diferentes disciplinas artísticas y brindarles elementos que estimulen su creatividad o que contribuyen a la generación de públicos.

Esta publicación es el resultado del concurso universitario de cuento "Voces de la Ceiba" organizado por el Programa de Apoyo a Estudiantes Indígenas en coordinación con la Dirección General de Difusión Cultural de esta Máxima Casa de Estudios, premiado en enero de 2012. Cuya finalidad es promover la conciencia y respeto a la diversidad cultural, en particular, por nuestra identidad maya.

Con esto refrendamos el compromiso contraído con los jóvenes que resultaron ganadores.

Al mismo tiempo, ponemos a disposición de ustedes nuestra nueva línea editorial "Cuadernillos Literarios", a través de la cual tenemos la intensión de difundir el trabajo creativo de universitarios y campechanos vinculados con los diferentes géneros de las letras.

Mtra. Adriana Ortiz Lanz
Rectora de la
Universidad Autónoma de Campeche

Índice

Zulema	7
Bercy Domínguez Nárez	
La noche de Xtun	25
Luis Alfredo Trejo Torres	
Juan Thul Vs. el alux del cenote y los K'ates	59
Abraham Esteban Marín Quen	
El perro de cera (lokok peek')	69
Humberto Mauricio Chi Cohuó	

Zulema¹

Bercy Domínguez Nárez

iComo a mi vuelta no encuentre contento y risueño al niño, por todos los diablos del infierno que el espinazo te romperé con este palo! iFlojo mentecato! iSi a mi vuelta no te encuentro cantando al niño..., ya verás..., ya verás! —dijo, aproximándole el palo al hocico.

Nazario Montejo: "La india retobada",
personaje de *La aguada de Yatzi*,
leyenda maya.

A mí nadie me va a venir a decir que no es cierto, que sean habladorías, yo lo vi clarito, como te estoy viendo ahora mismo, Chema, te digo la pura verdad. Era la mismísima encarnación del mal. iQué oasis ni qué espejismos en los desiertos! Se levantó frente a mí mejor que una película, se me puso el cuero chinito, las piernas y las mandíbulas me empezaron a temblar tanto que terminé echándome al suelo, a gatas, hasta que me desmayé, y al despertar, ya todo había pasado.

Mi mamá me había contado varias anécdotas de cosas que suceden en Viernes Santo, como la

¹ Primer lugar en el Primer Concurso Universitario de Cuento "Voces de la Ceiba", 2011. La autora es estudiante del 8º semestre de la Licenciatura en Literatura, Facultad de Humanidades.

muchacha a la que le prohibieron ir al río a bañarse porque le saldrían cola y escamas de pescado iy así mismo le pasó! O La Chalupa, como la de la lotería, que no para de remar en el río de Palizada y se aparece no en viernes, sino en Sábado Santo. Pero esto que te cuento, manito, ino tiene madre!

Ayer, por irme a ver a mi flaca, casi me quedo tieso allí, a medio camino de regreso, por querer ahorrar tiempo para que no se dieran cuenta en la casa que había cogido rumbo a Conquiac, a darle cariño a Zulema, aunque mis padres no la quieran como nuera porque dicen que es bruja y me tiene hechizado.

8

Manuel —un muchacho que recién había pasado la adolescencia, con las emociones y el deseo goteando por sus poros— llevaba seis meses enamorado de Zulema, una joven mestiza pero con rasgos indígenas muy acentuados, ojos del color de la madrugada más profunda, cuya madre tenía fama de bruja, y esa misma fama se la había heredado a la joven en Conquiac, el pueblo más cercano al cerro enano donde ellas tenían su casa, pero igual en otros sitios de los alrededores. El halo de temor

y fascinación en torno a las dos mujeres había llegado también a Chanchí, donde la familia de nuestro personaje era dueña de quintas y parcelas en las cuales sembraban naranjas, mangos, maíz, chile y unas jugosas mandarinas que vendían en las ciudades cercanas; les daba igual venderles a los comerciantes de Campeche que a los de Mérida: el pueblo y sus tierras quedaban exactamente a medio camino, en la región mejor conocida como Camino Real, en alusión a un supuesto viaje que había hecho, siglos atrás, la emperatriz Carlota.

Él vivía con su familia en una casa de cemento, pintada con una cal blancuzca semitransparente, a diferencia del resto de los habitantes de la zona, cuya mayoría ocupaba chozas con techos de palma. El temor de los padres de Manuel se fundaba en que la madre de Zulema había lanzado un embrujo contra los padres de su difunto marido, para quedarse con la inmensidad de tierras y los cientos de vacas y toros que luego había vendido para construir algunas casas en Campeche, de cuyas rentas obtenían dinero suficiente para vivir sin trabajar —aunque ellas preferían vivir allí en medio del monte, junto a un pequeño río que desembocaba en el Golfo de México, a unos kilómetros de Tencoch—, aceptaban

solamente algunos encargos y peticiones de quienes creían en sus poderes. Nadie sabía en qué banco guardaban su dinero ni tenían idea del tamaño de su fortuna, no obstante imaginar que se trata de sumas muy altas. Algunos, incluso, afirmaban que tenían cofres donde guardaban sus joyas, ocultos bajo una especie de sótano, debajo de una de las pocas casas completamente de piedra en cien kilómetros a la redonda.

10 Lo que no le decían al muchacho es que ellos mismos habían recurrido en más de una ocasión a la mayor de "Las Zulemas", como solía llamarles la gente. Gracias a ellas habían logrado embaucar a más de tres en periodos de crisis económica, a los cuales les prestaban un poco de dinero, recibiendo las escrituras de sus terrenos en prenda, aunque pasado el tiempo desaparecían misteriosamente, quedándose los padres de Manuel con las propiedades donde actualmente tenían sus cultivos. Ellos sí sabían de lo que hablaban, pero sus intentos por separarlos no habían rendido frutos ni siquiera el haber pedido a la temida mujer que, por favor, alejara a su hija de su vástago, argumentando que lo reservaban para una joven que había amenazado con suicidarse si sus padres no arreglaban la boda

entre ellos dos, pues era ella además una rica heredera de parcelas cerca de Tabasco, en los alrededores del Río Palizada. Nada funcionó.

Aunque pasaba en edad a los demás muchachos, estudiaba el último año de secundaria en Tenax, adonde llegaba en su motocicleta envidiada por muchos de sus compañeros, a quienes, además, sorprendía hablándoles de amor y sexo, pues presumía de tener por novia a una mujer ardiente, “un volcán, chavos, una fiera cuando nos vamos por allí, a una cabañita junto al río, que usamos de nido. Me trae loco esa flaca”, les decía.

Sus padres le habían ofrecido enviarlo de vacaciones en abril a una playa cercana, a visitar a sus primos, con todos los gastos pagados, y que pasara allí toda la Semana Santa, pero Manuel se negó, argumentando tener mucho trabajo escolar pendiente, investigaciones que hacer con sus amigos en la biblioteca del villorrio más grande de los pueblos *caminorrealenses*, y aunque apenas albergaba a unas cinco mil personas, era suficiente para contar con escuela. No obstante, en el fondo ellos sospechaban la mentira y temían fuese un ardid planeado por Zulema para no separarse.

Ese viernes, estaban en la cocina tomando

refresco de guayaba cuando llamaron al chico, oculto en su rústica habitación. Las cazuelas y sartenes colgaban de sendos clavos en la pared como cabezas de animales metálicos, redondas, plateadas —las de aluminio— o cafés —las hechas de barro—. Por la ventana se colaba el calor de la primavera del trópico. Más serenidad no se había respirado en esos días dentro y alrededor de la casa; solo alguna naranja madura, cayendo al suelo, irrumpía en el silencio que mecía débilmente las ramas de los árboles. Hasta los pájaros parecían estar de duelo.

12 Manuel llegó con pereza, casi arrastrando los pies, mostrando desagrado por interrumpir ese momento en que seguramente pensaba en Zulema mientras oía un poco de música. Sus padres habían planeado asistir a las celebraciones religiosas en Tenax, pero él prefirió quedarse en casa para estudiar pues, dijo, al volver de vacaciones tendrían exámenes. Tampoco le creyeron. Sin embargo, la insistencia de los padres no valió de nada, y apenas alcanzaron a advertirle que no se le ocurriera salir de casa en pos de la chica porque le quitarían la motocicleta y le suspenderían el dinero para ir a los bailes del pueblo. La madre fue más contundente: en minutos le contó la historia de una muchacha que,

en Viernes Santo, desobedeció a su madre, yéndose a bañar al río para nadar y reunirse con su novio que, al llegar a la cita, la descubrió transformada en un fenómeno con escamas y cola de pescado dando saltos en el agua, y huyó de ahí despavorido. “Es día de guardar, Manolo, deberías darle más tiempo a Dios, mejor vente con nosotros, pero si te quedas no se te ocurra salir, no vaya a ser que te pase algo, y menos vayas a andar cerca de la aguada de Yatzí, esa poza está maldita hijo, nunca pases por allí” —advirtió la mujer.

La última recomendación se debía a la extraña historia en torno a un matrimonio de indígenas sobre los que cayera una maldición. El marido había salido a trabajar desde muy temprano, en Viernes Santo, en vez de consagrarse a los rituales religiosos, tratando de evitar la histeria cotidiana de su mujer, que al quedarse sola, en uno de sus arranques de enojo, mientras su pequeño hijo lloraba en la hamaca, hambriento, salió de la choza donde vivían y tropezó con el perro, lanzando maldiciones y exigiéndole, en su nerviosismo, que se ocupara de arrullar al niño. “¡Como a mi vuelta no encuentre contento y risueño al niño, por todos los diablos del infierno que te romperé el espinazo!”, cuentan que le dijo al

animal. Y el diablo que no duerme, dice la leyenda, atendió su reclamo: la mujer volvió con un cántaro de barro lleno de agua, apoyado en su cadera a la usanza de las indígenas de la región, encontrando al perro sentado en la hamaca, arrullando al bebé y cantando; del susto, dejó caer el cántaro, cayó fulminada. El agua se extendió por la casa y el patio, creciendo un lago que borró de la faz todo cuanto había allí. Cuando el marido volvió, mirando el fenómeno, salió huyendo y nadie supo más de él. La historia incluye un éxodo de quienes vivían en los alrededores, temerosos a ser alcanzados por esa maldición que el mismísimo demonio había lanzado sobre esa mujer malhablada. Cada año, para esas mismas fechas, los lugareños no solo evitaban pasar junto al ojo de agua, sino además, se mantenían lo más lejos posible.

Mira, no sé a qué hora nos enganchamos Manuel y yo, deveras que mi intención, mami, al principio fue solo bailar unas canciones y esperarte a que llegaras por mí cuando terminara el baile para veniros a la casa, pero me fastidié y él fue muy amable y me trajo en su moto, ni nos tardamos tanto como dices,

a lo mejor y hasta nos topamos en el paso y no me reconociste porque estaba oscuro el camino.

Lo malo fue que luego, cuando me di cuenta, ya me estaba encariñando con él y ni se diga de su parte, ya no me dejaba ni a sol ni a sombra, no sé qué me vio o que le vi, se me movía el piso cada que estaba con él... Pero ya no, deveras, créeme que se me pasó el encanto, me aburre estar con él, siempre es lo mismo, es tan de pueblo, no conoce mucho mundo, y en cambio Romualdito es otra cosa, se nota que es de ciudad y que tiene experiencia y sabe andar por la vida, yo quiero eso aunque me guste tanto que vivamos aquí.

15

Ya le dije a Manuel desde la otra noche que ya no quería nada, mamá. No, no es cierto que me vaya con él allá por el río a hacer mis cosas, no seas así. Yo ya corté con él, te lo juro. Si aparte, me gusta mucho más el hijo de don Romualdo, está re guapo y si dices que tiene más dinero pues entonces eso ya es como su valor agregado, como dicen en la tele, ¿no?

Tiene unos brazotes de hacer ejercicio y siempre anda bien oloroso, se le nota que escoge muy bien sus colonias, son de marca, no de las baratas que llegan por acá cerca. Siempre anda

planchadito, con camisita y todo, el pelo engomado y esa mirada de que quiere ligarse a todas las niñas que se le crucen en el camino, aunque yo estoy segura de que es nomás 'orita, porque cuando ande conmigo que ni crea que lo dejaré andar echando miraditas.

16 *En cambio Manuel, oliendo a su perfumito Caballo Azabache de los que vende doña Juanita en el mercado, y eso cuando no se le echa a perder la moto y anda oliendo a gasolina o aceite quemado, siempre de playera y a veces sin mangas, que aunque también tiene unos brazotes, a veces los trae tiznados de ayudar a los cargadores que les trabajan en la cosecha, bueno, ya ni le sigo.*

Pero..., ahora sí, eso de irnos a la ciudad no me gusta mucho porque acá está todo más tranquilo y hasta podemos ir donde queramos en la camioneta, ¿para qué irnos a meter al ruido si acá está mejor? Si además el Romualito bien puede venir hasta acá, le sirve de paseo y si quieres que se quede a dormir, ai le arreglamos el cuarto del fondo.

Pa' que estés más tranquila, hoy le vuelvo a cantar la cartilla al Manuel, voy a despedirme definitivamente, y si se pone muy necio te lo paso para que le laves el coco, mamá, pero por favor, no

se te ocurra hacerle ninguna maldad, te juro por Dios que lo dejo y tú déjalo tranquilo, no le vayas a hacer nada, te lo ruego, mira, al cabo que ni sus papás quieren que ande conmigo, él me lo dice siempre y a lo mejor hoy sí entiende, solo déjame que lo vea por última vez y listo, por diosito santo que nunca más vuelves a vernos juntos.

La madre de Zulema quería salirse del campo,
e ir a ocupar una de sus casas en la ciudad, cansada de la dinámica pueblerina y deseosa de probar suerte en un sitio más grande, donde incluso pudiera encontrar un mejor partido que Manuel para su hija. Había conocido, en sus viajes mensuales para cobrar sus rentas y abastecerse de artículos inconseguibles en el villorrio, a una familia que, pese a ser dueña de un par de ranchos cercanos, preferían la vida urbana a la campirana. La madrina de su hija le había recomendado visitarlos pues necesitaban deshacerse de un enemigo suyo, otro rancharo vecino de ellos, y Zulema —la grande— dominaba herramientas más que efectivas para deshacerse de enemigos o simplemente gente incómoda, sin dejar huella, sin posibilidad de que la policía rastrease las desapariciones.

Al padre de esa familia no le causaba el mínimo temor la personalidad ni el oficio de ella, y en cambio le provocaba una fascinación extraña, no pensando, jamás, que la misteriosa mujer pudiese haberle hecho presa de algún truco. Simplemente, el halo de poder que despedía ella le fascinaba, y cuando conoció a su hija solo pensó en que pudiera recibir parte de los beneficios que daba tener tal poder invisible de la bruja que, por su parte, encontraba más que conveniente una alianza con el adinerado ranchero, fomentando toda clase de encuentros para que los hijos convivieran.

18 Los deseos de sus coterráneos, los padres de Manuel, de romper con la relación entre él y la joven Zulema, le venían como anillo al dedo: esos muchachos debían cortar por lo sano, y atacando por dos bandos seguramente lograría deshacerse del joven pueblerino.

Y entonces, fíjate Chema, agarré camino hacia la casa de mi flaca. Por cierto, ni te había contado que la mamá `ora resulta que tampoco quiere que andemos juntos, no entiendo a los viejos. Pero la Zulema y yo nos queremos, y estamos como hechos

el uno para el otro, hasta cuando cogemos, Chemita, su cosita rica está..., pero bueno, tampoco te voy a decir tanto que se te antoje la morra.

Apenas oí que arrancaba el motor de la troca de los viejos, me asomé a la ventana y me quedé pendiente hasta ver que se perdían en el camino de terracería, entonces me apuré y me puse los tenis para irme a pata, dejé la moto para que, cuando regresaran, si se me adelantaban pensaran que andaba cerca y no que me había ido ancá la Zule.

Cuando llegué, ella estaba en la puerta, lavando quién sabe qué ropita que —úchale— daba ganas de que la tuviera puesta, pa' quitársela, salió corriendo apenas me vio, diciendo que nos fuéramos por allí cerquita, que no me viera su mamá porque le había prometido cortar conmigo, debíamos encontrarnos a escondidas desde ese momento pero me daría mi despedida. Yo estaba tan sacado de onda que apenas pude preguntar un par de cosas pero ella no me contestó. Nos fuimos como siempre a la casita junto al río, hicimos el amor de todas las formas, me contó las broncas y lo de un tal Romualdito de Campeche con el que su mamá la quería casar, nos besamos tan rico..., pero cuando me di cuenta, ya había caído la tarde y ella me corrió, me dijo que

ya encontraría la manera de dar conmigo, que no la buscara: yo tendría noticias de ella a través de alguien, no sé de quién, para que ni mis papás ni su mamá se dieran cuenta, y nos volveríamos a juntar aunque ella se hubiera ido a la ciudad.

La acompañé hasta cerca de su casa y me salí de volada de allí, debía cortar camino para llegar antes que mis papás, si no es que ya habían llegado, y la vía más corta era corriendo y pasar junto a la aguada de Yatzí, arriesgándome a que fuera cierto lo que dicen del lugar.

20 *Cuando pasé por Yatzí no había más luz que la de la luna, yo iba sacando la lengua, muerto de cansancio, de sed, y que me bajo a tomar unos buches de agua pa' cargar baterías. Primero pensé en lo que había contado mi mamá y dudé antes de agacharme, miré a todos lados, me aguanté la respiración para checar si escuchaba algún ruido, el del perro o el del niño que decían se ponía a llorar y nada, todo calladísimo, entonces me incliné, pero cuando iba a meter las manos a la laguna, que se empieza a ir, sí, el agua se iba hacia el centro, se alejaba de la orilla como si fuera mar... Primero avancé, pero luego me levanté asustado, eso no era normal, en cosa de minutos se había secado y yo*

estaba en la puerta de la choza, junto a una mestiza en el piso, un cántaro roto y cerquita, casi como te tengo a ti aquí, había un perro sentado en la hamaca, como si fuera una persona, pero sin perder su forma animal, movía el hocico pero en vez de ladrar ¡cantaba!, y un niño en sus brazos que se reía, pero los dos tenían los ojos encendidos, como si arrojaran chispas, todo empezó a darme vueltas, quería correr pero mis piernas no me respondían, ni siquiera podía gritar, eso parecía cosa del demonio, apenas tuve chance de rezar un padre nuestro porque me fui al suelo; mientras rezaba en mi mente, sentía cómo el agua del cántaro me mojaba la espalda y luego me empezaba a cubrir, entonces ya no supe nada más, cuando desperté estaba acostado en la orilla de la aguada y salí corriendo con todo lo que pude hasta llegar a mi casa, pero no había nadie, ni siquiera se veía la camioneta, entonces me vine, necesitaba contarle a alguien, Chema, qué bueno que te encontré aquí matando tiempo...

Cuando los padres de Manuel regresaron del villorrio, vieron la moto estacionada junto a la puerta, apagaron el motor de la camioneta y

se bajaron pensando que estaría adentro, quizás oyendo música con los audífonos puestos como era su costumbre, acostado en su hamaca, meciéndose y con todas las luces apagadas, aunque en el fondo temían se hubiera salido en busca de Zulema, para lo cual ya era tarde y en mal día o mala noche.

La primera en llegar a la puerta fue la madre que vestía de luto religioso, se agarró las enaguas negras, levantándose las ligeramente para caminar más rápido, mientras el marido le pedía que tuviera calma, que seguro estaba allí adentro. Ella abrió la puerta y se dirigió a la recámara del muchacho, la hamaca estaba vacía y no se escuchaba el menor movimiento en casa, se asomó a cada habitación, sin hallar nada. Pegó un grito llamando a su marido y le ordenó que salieran a buscarle. "¿Adónde?", inquirió el hombre. "A todas partes, adonde sea, hay que buscarlo, no es hora que ande fuera, me da mucho miedo que haya salido en Viernes Santo", le respondió.

En ese momento, el muchacho estaba junto a su amigo José María, que descansaba al lado de su casa, al aire libre, en una hamaca colgada de dos palmeras, mientras a un metro de allí humeaban unas gruesas cáscaras de coco encendidas para ahuyentar a los mosquitos.

Monologaba su hazaña sin encontrar respuesta de Chema que, en cambio, dormitaba. Por más que se esforzó levantando la voz para que su amigo no se durmiera, su única reacción fue enrollarse en la trama tejida con esos hilos tan suaves, de algodón, donde pendía su cuerpo, suspiró hondo ignorando todavía más lo que pasaba: Manuel —que había estado farfullando unos tímidos gemiditos—, no se daba cuenta que, postrado en cuatro patas, en vez de palabras le brotaban ladridos de una boca convertida en hocico, y cuando quiso gritar lo que surgió fue un sonoro aullido que estremeció los arbustos cercanos, las palmeras se movieron y José María, entonces, despertó desconcertado, con la piel erizada.



La noche de Xtun²

Luis Alfredo Trejo Torres

Disminuía la velocidad mientras le bajaba también a la radio. Sonaba *José Pérez León* a través de la única bocina funcional, convenientemente cerca de su costado izquierdo.

Se aproximaba al desvío.

Sin previo aviso, la estática se disparó y muchos sonidos entrecruzados, como de otras emisoras, se mezclaban a ratos con la canción de *Los tigres*. Esto llevó a Tomás Guerrero a centrar su atención en el aparato de radio.

25

Su rostro reflejaba sorpresa, pues pese a entender la lejanía de las difusoras, la señal de radio no solía afectarse de tal modo.

—Quizás se trate de las torres de energía de allí cerca—
—pensó entonces, apuntando un índice imaginario hacia la fila de estructuras de la alta tensión—,

² Segundo lugar en el Primer Concurso Universitario de Cuento "Voces de la Ceiba", 2011. El autor es estudiante del 2º semestre de la Licenciatura en Literatura, Facultad de Humanidades.

igual y algún fenómeno eléctrico qué-sé-yo afecta la señal... Sí... Eso ha de ser —dijo apagando la voz y convenciéndose de sus palabras en silencio—. ¿Qué más si no?

Para cuando su mente regresó al camino, la salida de la federal, *su salida*, ya había quedado atrás.

—¡Carajo! —vociferó.

26 Acto seguido, ceño fruncido y todo, atisbó hacia atrás por los dos espejos aún útiles de la vieja camioneta (el del conductor, reducido a espejo de vanidad, y el del lado derecho; dado que hacía dos años *tratando* de arreglar el izquierdo, pero todo acababa siempre en la pura intención, por más que Regina le insistiera... Además, según sus propias palabras, Tomás se había adaptado rápidamente a "*ver atrás sin un ojo*"), y fue cuando vio la vieja mole que medio corría, medio se arrastraba.

Allí detrás venía un condenadamente anticuado camión de redilas.

—Si no es el del viejo Roque..., al menos se le parece mucho-mucho —como podía apreciar el destartalado frente, al principio hubiese jurado que era el mismo que pensaba, pero no traía el letrero de costumbre en lo que, herrumbroso y desvaído, parecía haber

sido un parachoques. Las palabras dejaban leer "Murmuren Víboras".

Tomás pensó que era gracioso. Nada del otro mundo, pero sin duda divertido. Ingenioso quizás. Lo suficiente como para sacarle de aquel estado mental en que ladró aquel *carajo*.

Se hallaba considerando dónde o cómo podría dar vuelta, pues se vislumbraban tras el *Murmuren Víboras*, varios otros vehículos, que si bien lejanos, eran un gran número.

Al frente, según vio, más adelante del *traficante de puercos*, que viajaba sin cargas, la visión le mostraba de una fila de tráileres que no tan lejos ya venían.

—Atrapado como rata —pensó—, entre el dulce aroma de cochino y el ingenioso letrero del *Murmuren...*, —dijo en voz de fastidio, aunque sintiéndose un tanto liberado de la tensión al soltar las palabras.

Al punto, notó una entrada en la espesura. Un camino allí delante, a su derecha. Con la oportunidad expresa de tomarlo casi escrita en un letrero (un letrero que no había).

La estática había desistido.

—Claro, ahora se va la muy infeliz... —pensó recordando la vez anterior de *su salida*.

Sin interferencias, la radio sonaba a volumen medio con *Arriésgate*. Al notar lo, Tomás consideró irónica la sugerencia, pero decidió seguir el consejo. Aún no era tan tarde para probar suertes.

Volvió a disminuir la marcha y prendió las intermitentes esta vez.

Se imaginó estar sentado al volante del *Murmuren*, y ver encender las luces rojas, que milagrosamente nunca había tenido que reparar. Recibiendo el brillo rojo en la cara seguramente, si hubiese un poco menos de claridad, aunque ya no faltaba mucho para eso.

Era casi la hora última de la tarde.

28

Tomó la salida con lentitud. Al cabo, el vejistorio y sus temibles cincuenta por hora, bien lo permitieron. Otra razón para torcer despacio, era un poco morbosa: deseaba inexplicablemente saber qué diría en el trasero del *Murmuren-Redilas-Víboras*.

Ya totalmente fuera de la federal, asomó la cabeza por la ventanilla. Vio el vetusto vehículo pasar casi como en cámara lenta, y con ruidos atronadores de tanto en tanto, saltando del motor y el escape...

Una picada estructura, aún menos en forma que la delantera, se hallaba en el trasero del *Murmuren*.

Restos de lo que fueran tornillos, aparentemente fijos por óxido al parachoques, que de puro milagro no se desprendía entre las vibraciones tan intensas en él; y un par de luces rojas de las que solo una encendía. Todo ello le saludó como en burla.

Un solo ojo rojo, y tres letreros.

A la izquierda, sobre el guardalodos carcomido, ALTO. Por la derecha, el guardafangos a juego, SIGA. Y en el centro, una muy manchada placa: CN-685 23.

Como la luz brillara solo en un costado, señaló en voz baja.

—Alto, ceene seis ocho cinco veintitrés —y lo repitió una vez más, confirmando su desilusión—. ¡Bah! —exclamó entonces y puso la marcha de nuevo, fastidiado.

—Bueno —dijo con ese tono de voz que usaba para desempolvar temas viejos y ponerlos de nuevo sobre la mesa—, ya estamos aquí, así que mejor vamos averiguando a dónde nos lleva esto...

Cayendo en cuenta de su tono a lo “nosotros” comenzó a preguntarse quién era el otro.

Ideas difíciles de explicar atravesaban su mente al internarse en el camino. Cuando hizo el cambio de velocidad pertinente, decidió que mejor no trataría de darse respuestas.

—Si no hay respuesta razonable, necia la pregunta
—sentenció en su mente, dejando de lado el tema.

Eso, al menos, se proponía.

Lo que de los labios salió después, inaudible y casi imperceptiblemente, fue producto con seguridad de algún malabarismo mental incomprensible: “Alto, ceene seis ocho cinco veintitrés”.

Adelantó un tramo regular por la vereda.

El camino parecía ser esencialmente recto y bastante regular en su relieve..., pero eso era desde lejos, pues dentro era notoria la manera en que torcían ligeras y extendidísimas curvas; lo mismo
30 que algunas suaves y discretas pendientes.

—Quizá a mí me engañe..., —pensaba al tiempo que mecía la cabeza de izquierda a derecha— y más con esta luz debilitándose a cada minuto..., pero no al motor. Nooo... —El ronroneo regular se afectaba a la mínima señal de cuesta. Ya había *domado ese caballo*, lo suficiente como para saberlo.

Hizo acopio de memoria para tratar de reconocer aquel camino. De alguna manera *juraría* que lo conocía desde tiempo antes; pero, de la misma forma, no tenía recuerdo consciente que le señalara haber estado allí previamente.

—Quien sabe... —se explicó—, en Xtun todos los

caminos se parecen —dijo sellando su cruzada de recuerdos—, y mientras no deje de llevarme al Poc, no hay problema —aclaró como para creerlo. Y no tenía aún ningún motivo para esperar que no fuera así.

Aún.

Por lo menos *aún* no tenía motivos. El sendero era un poco extraño, parecía como si las dos líneas que dejan los vehículos hubieran sido trazadas, y no precisamente por llantas. Aunque la tenue iluminación no acertaba a ser una gran ayuda, y los faros que ya había encendido no terminaban de aclarar las cosas.

31

La habitual línea verde, en medio de las marcas de las llantas, era un poco alta a su criterio; incluso, habían señales de corte en ciertas varas, como efectuado con machete. A cada cierta distancia asomaban, incluso, brotes tiernos de regular altitud. Como Tomás no estuviera seguro de reconocer el camino, empezó a considerar el paseo una especie de aventura.

La radio no parecía perder señal dentro del sendero, y eso era una clase de milagro, con la simple curiosidad que las canciones parecían ligeramente distorsionadas.

—Una de dos —comenzó otra de las habituales explicaciones en voz alta— o se trata de una remezcla de mala calidad o tus discos..., caséts o..., o qué-sé-yo, están dañados, compa.

Se encontraba ya bastante apartado de la carretera, y no se percibía ya ni la presencia de las torres de la por-lo-visto-no-tan-omnipresente compañía eléctrica.

La luz se extinguía a su alrededor, sin él apenas notarlo. La luz de los faros y el camino tenían toda la atención de su vista.

32 A lo lejos, una curva, que se adivinaba pronunciada, comenzaba a develar una extraña forma plana y blanca. Alta, sin duda, y con manchas pardas en medio. Pero aunque se vislumbraba en la distancia, la verdad era que no se notaban con detalle sus pormenores.

Repentinamente y para mayúscula sorpresa de Tomás, el vehículo disminuyó drásticamente la velocidad; negándose finalmente a avanzar, se apagó. Las luces y la radio, no obstante, siguieron encendidas.

Mirando con incrédulos ojos, examinó el exterior que lo rodeaba, y notó cuánto había decaído la iluminación ya. El sol debía haberse puesto

algunos minutos antes. Ya sabía que al ocurrir eso, la luz no tardaba en irse al garete.

Reconoció que había estado mirando lleno de interés la cosa blanquiparda-recta antes del incidente.

Pero, ¿qué había pasado? Deseaba averiguarlo cuanto antes y tratar de arreglarlo. No en vano había estado en situaciones así antes. Pero nunca de noche. Nunca en medio de un solitario camino en la selva. Y nunca, jamás en el corazón de Xtun.

Dispuesto a bajarse de un salto y echarle un vistazo al motor, abrió la puerta y bajó un pie. Cuando su mirada se dirigió al dispositivo que liberaba la tapa, de soslayo notó una aguja marcando una franja roja. La del combustible.

Marcaba una sobria y, con la amarillenta luz, hasta deprimente "E".

—¿Qué?! —más que preguntarse, fue una exclamación ruda y de fastidio, de esas que se usan para señalar un irritante sinsentido.

Uniendo las cejas por el enojo, y con una reacción que no se hacía esperar, estalló:

—No..., no puede ser..., si yo..., si traigo más de medio tanque, itraía! Pero bien que me habían advertido, iaquella maldita gasolinera!..., pero aunque así

fuera, ique me robaran!..., me acuerdo..., yo vi..., medio tanque cuando..., al entrar..., al entrar aquí..., iyo lo vi!

Una sensación que coqueteaba con ponerle la carne de gallina, y que comenzaba ya a dejarle ese enigmático zumbido de oídos, así como cuando nada se oye, se le hizo patente y creciente. Aunque sabía que la radio debía seguir arrojando notas al aire.

Estaba, de alguna forma, ya de pie fuera del vehículo, y golpeando con los puños el límite superior del marco de la puerta.

34 Sentía el pulso en las sienes. Incluso, las orejas se le sacudían al compás de este, acompañando la sensación, aumentándola. Haciéndola peor si se quiere.

Una ráfaga de viento le hizo girar el rostro y cerrar los ojos para evitar la polvareda. Cuando se alejó el remolino, que pudo adivinar en las hojas que giraban, destacando del fondo aún con la triste iluminación; dejó los ojos fijos de nuevo en el monstruo blanquecino y plano.

Estaba allí. Quieto, inmóvil.

¿Muerto?

Emanaba solo silencio. Misterio acaso.

No supo cuándo la radio dejó de sonar. De

alguna extraña forma, le parecía como si el remolino y sus vientos se hubiesen tragado el sonido.

De la única bocina, en la consabida puerta, brotaban tan solo los familiares ruidos y crepitaciones de la estática. Tomás apagó entonces la radio, más por reflejo que por conciencia.

Habiéndose inclinado en medio del asiento al apagar la radio, un olor conocido le inundó el olfato. —¿Gas..., gasolina...?

Al revisar debajo de la camioneta, notó un charco. La luz casi extinguida apenas permitía verlo, pero el olor era muy evidente.

Un examen algo más exhaustivo le reveló una manguera desconectada de la que escurrían unas cuantas gotas.

Ni hablar. No había más por hacer. Incluso esperar que pasara alguien comenzaba a resultar ridículo.

Caminar o esperar a la providencia.



Tras dejar el vehículo a un lado del camino y sacar la escuadra veintidós debajo del asiento, cerró la camioneta y se dispuso a caminar hacia adelante.

—No debería estar muy lejos —sentenció—, si suerte

tengo, llegaré antes de que esté muy oscuro.

El problema era que la suerte muy pocas veces había sido su aliada.

Si antes, cuando examinó el celular, hubiesen aparecido las franjitas de señal, la suerte hubiera sido un hecho. Y la providencia una realidad.

Levantando los ojos, pudo ver, por encima de las copas de los árboles, el azul profundo que debido a la hora, tanto abundaba ya. El tono que devoraba, palmo a palmo, la aún existente tonalidad clara que al Oeste se desplazaba, disipándose.

36 La noche seguía avanzando y cada vez pesaba más su presencia fría y llena de sonidos, en aquel perdido lugar llamado Xtun.

Pensó un instante en su atuendo. El sombrero ajustado a las sienes, las botas, la tejana y el cinturón con el arma ajustada en él.

—Que yo sepa ni Clint Eastwood ha desafiado los caminos de Xtun —se dijo riendo.

Una ráfaga solitaria casi lo derribó, llegando por la espalda. Como era de esperarse, la risa se le apagó.

Al pararse con cierta calma, y mirar desconfiadamente a todos lados, pensaba que había algo más que aire en aquel arrebato del viento..., como si de voces se tratara.

¿Voces?

Tras mover la cabeza de lado a lado, con gesto de negativa, prosiguió su camino. Estaba ya frente al monstruo.

Habían pasado unos veinticinco minutos desde que viera, por primera vez, la pálida y lisa superficie, hasta que pudo apreciarla con "claridad". Sobra decir que la iluminación era ya prácticamente nula.

La antigua fachada, de un edificio seguramente colonial, era lo que se levantaba en aquel claro de la selva. Un par de altos árboles bordeaban la estructura. El frente era lo único en pie del antiguo caserón.

—Una hacienda, seguramente —se explicó viendo los grandes arcos que probablemente albergarían ventanas antes..., en la época en la que las torres gigantes de acero, a sostén cables de alta tensión, no surcaban aquella tierra.

El solo mirar aquel vestigio del pasado le infundió pensamientos de tierras lejanas y épocas perdidas. Era curioso que justo se hallara en una tierra lejana...

—*Sólo faltaría cumplir la otra condición...* —le susurró una voz desconocida dentro de su mente.

Algunas plantas parecían surgir de la piedra

del muro. En otras ocasiones ya había visto casos semejantes, pero nunca tan grandes como aquellas. —Matapalo... Supongo que era algo así —se preguntaba si así sería, después de todo, aquella vez que le dijeron, era un árbol creciendo de otro, no un árbol surgido de una roca—. ¿Matapiedra entonces? De algún modo las raíces no mataban la piedra, sino la desmoronaban, destruían lo que el hombre había levantado. Como si lenta y sistemáticamente la naturaleza exigiera y recuperara lo que por derecho era suyo.

38 Parándose a escasos dos metros del monstruo que era la fachada, Tomás percibió por entero la sensación de enormidad, con toda la grandiosa majestuosidad que aquel caparazón era capaz de albergar y exhibir.

Allí quieto, parado, observando el cascarón con el peso de los siglos a cuestas, un resplandor extraño y llamativo le hizo inclinar la cabeza hacia la derecha.

Reposando en un perfecto cuadro, el brillante ojo nocturno del cielo, la luna llena de Xtun, lo miraba también.



Como azorado por la visión, Tomás permaneció en contemplación un tiempo que no sabría juzgar demasiado largo o demasiado corto.

Solo al verla rozar una hoja de un árbol interpuesta entre ambos, fue que él llegó a notar el cambio de posición. La luna se veía notablemente más alta.

Al percatarse de ello, y saliendo del trance que el lunático avistamiento le había propinado, dio un par de pasos temerosos hacia atrás, y con desconfianza se alejó rápidamente.

Ya encaminado y a distancia prudente, decidió voltear. Vio allí cerca la vieja fachada sumida en su nido de oscuridad, y a lo lejos, el parabrisas era lo único de la camioneta que se distinguía, gracias a un reflejo de luz de luna.

La luna resplandecía y desplegaba su luz por el sendero. Tomás había pensado en usar el móvil para poder hallar el camino, pero no parecía para nada necesario. El brillo era generoso y con demasía tal vez, alumbraba.

Sí, Demasía.

Era aún muy temprano para tener la luna tan

elevada, y lo mismo para un brillo tan intenso.

—Quizá sea la estación —dijo evitando pensar y *decir* lo que sospechaba.

Inconscientemente, había estado evitando mirar de frente a la luna. La embriagante sensación al verla no había pasado del todo, y no esperaba repetirlo pronto.

Era una suerte que el suelo irregular le exigiera mirar con bastante cuidado para no tropezar.

Una sensación de escozor le empezó a molestar en las sienes. Con la mano izquierda se levantó el tocado y se rascó la zona con alivio. Al
40 retirar la mano del rostro; grandiosa y plateada, dueña absoluta del espacio circundante y de los ojos que sobre ella osaban posarse, descansaba la luna.

En el firmamento, el astro nocturno lucía sus mejores galas. Inmensa, *inabarcablemente suya en aquellos momentos*.

Bajando ligeramente la vista, una estrella con un brillo mucho menos tímido que sus semejantes, parecía acompañar a la luna.

Dicha estrella ofrecía un singular espectáculo, dado que por instantes se investía de un rojo titilar. A Tomás le pareció una chispa de encendedor.

La luna de la estación solía verse amarilla

al aparecer por el horizonte. Tomás no recordaba haberla visto así. Desde su primer encuentro con la luna de Xtun, ella estaba plateada.

—Por los árboles —se confesó—, cuando la vi, ya se había mudado de traje.

De algún modo, cuando posó los ojos en la luna y los devolvió al sendero, empezó a notar algo desconocido. Algo creciente e irreconocible.

Los ojos de nuevo a la luna. La parte baja teñida de rojo.

—*Alto. Créeme, sé lo que digo.*

Los ojos de nuevo al camino. El paso sin variación. Los sonidos acallados.

—Los sonidos... —dijo recordando desde que bajara de la camioneta, un continuo concierto de aves, mosquitos y grillos, junto con ruidos de animales que seguramente no conocía, o que no tendría ganas de conocer.

—*Alto.*

Tomás comenzó a comprender que lo rodeaba la nada...

—*Créeme, sé lo que digo.*

...Y que su única compañía era la soledad.

Una vez más la sensación de vacío en los oídos volvía a surgir.

El silencio parecía ser el arma de la soledad...

Aferrándose a la primera palabra que pudo, la soltó a bocajarro, para quebrar el incómodo silencio que se cernía largamente sobre aquel recodo del camino de Xtun.

La soledad, madre de un miedo devorador.

—Roja —mencionó en voz alta, antes incluso de notar a qué se refería. Pero no hizo falta que pensara. Un cortejo de voces le contestó a modo de eco.

—Rrroojjaaaa... —murmullos ausentes, casi infantiles que semejaban brotar de los árboles, de las hojas tiernas y de las raíces formaban aquel conjunto, aquel coro lejano, tan cercano a la vez.

42

En medio de Xtun, y de noche, no estaba tan fuera de lugar preguntarse uno mismo si se creía en lo inexplicable.

Sin detenerse, un aluvión de ideas le explicó que se trataba de un fenómeno producido por el viento.

No parecía para nada descabellado hacer la pregunta.

Palabras que niños soltaban en la plazuela o algún parquecillo de un pueblo cercano, llegaban hasta él, donde su florida imaginación pugnaba por comprenderlas como un eco de su misma palabra.

¿Crees...?

Aliviado, liberó un suspiro, y elevando de nuevo la mirada a la luna, dijo:

—Roja.

—Rrojja —contestaron atentamente los murmullos.

Ya descrito el fenómeno, hasta pasaba por natural. Y una vez natural, interesante incluso. Entretenido. Lúdico.

—¡Roja! —gritó pensando así.

—¡Rojaa! —hasta con más definición cada vez.

—¡Roja! —gritó de nuevo.

—¡Roja! ¡Roja! ¡Roja! —dijeron ellos.

—Roja —contestó ahora él.

—Roja —le decían.

—Roja —contestaba...



No supo cuándo, pero comenzó a sospechar que lo que decía ya no era "roja".

Era la mar de confuso, pues entendía que decía "roja" pero al mismo tiempo no decía esa palabra. Como si la palabra "roja" perdiera sentido. La palabra en sí...

Sabe que se refiere a la luna, y al color que en ella ve.

Sabe que piensa que la chispa de la estrella le ha infundido aquello.

Chak Ek' ha hecho a Chak Uj. Es lo que piensa.

Sabe que ambas están allí desde hace mucho, antes que él mismo, antes que los árboles que lo rodean mientras camina.

Antes que él y que los árboles fueran inventados. *Lo sabe.* Le ha sido dicho, y sabe que no tiene por qué dudar. El que habla por boca de los dioses, sin duda, dice la verdad.

44 Chak Uj allí arriba, lo mira andar. Ella misma está a medio camino, y él tiene que estar en su propio lugar también, antes de que el camino de ella termine.

Antes de que Uj sea totalmente Chak Uj, él tiene que llegar. No le preocupa. *Ya no va solo.* Hay otros que como él, también acuden. No pueden ni quieren perderse el grito inicial de *iK'í'ík!*

Ya está cerca. Escucha ya el tun y el tumkul.

Un ritmo estable los recibe a todos, les indica por dónde llegar. Las hogueras también hacen lo suyo, aun a pesar que él y todos saben justo a dónde llegar.

Al pie de la pirámide se detiene.

Sabe que el primer puesto no es suyo. Pero

está agradecido de estar en el segundo. Piensa que vivirá el K'í'ik más intenso que nunca antes... —y dada la amenaza del sur, puede que sea el último K'í'ik que vea.

Pasado un cierto tiempo, el tun cambia su ritmo. A lo lejos, atrás, aun sin voltear se adivina la procesión de los sendos ropajes blancos.

Allí arriba el K'iin admira el resplandor de Chak Uj sobre su daga ceremonial.

Uj es ya totalmente Chak.

Rrroojjaaaa

El resplandor rojo se proyecta a la tierra, y las hogueras parecen absorber parte del tono.

45

Los tambores aceleran su ritmo, los vestidos de blanco comienzan a subir.

Rrojaa

La pirámide aún no es muy alta. No tanto como se cuenta de los del sur, pero se planea que se eleve mucho más.

La música se funde con el viento, y el ritmo de los tambores obliga a ajustar el latido de los corazones.

Mirando tímidamente hacia los lados, él nota que el viento ha cesado. Y los árboles mecen sus ramas. Se pregunta si sólo él lo ha notado; las otras

miradas que atina a ver, no parecen percatarse...

Una idea interrumpe y resuelve.

—ELLOS ya están aquí.

El sacerdote recita los cantos sagrados; los que por siglos, otros antes han cantado.

Su corazón vibra con los tambores, y la voz del hombre de arriba, ocupa sus oídos. Sus sentidos no le pertenecen.

Sus ojos, y los de todos los presentes, notan la oscuridad que rápida cubre el enrojecido ojo del cielo.

46 Poco a poco, la luna se disuelve en el firmamento. El tun cesa.

El viento parece susurrar

Una mano eleva una daga.

Un grito parte la noche de la luna de Xtun.

Roja.

Las hogueras de arriba se elevan vertiginosamente cargadas con vivos colores. Un tono rojo las ve descender a su tamaño habitual.

La misma mano de la daga ofrece al primer rayo de luna roja, un no menos enrojecido y aún palpitante corazón.

La virgen, ahora muerta, deja caer brazos y piernas. La cabeza incluso le cuelga.

El tumkul retoma brevemente.

El grito del *K'í'ik* inunda la noche.

Los árboles ya no mecen sus ramas. ELLOS se han ido con el primer fulgor rojo renacido.

Y el viento verdadero llega, una vez más...

La Luna Roja

...Mientras el grito *iK'í'ik!*, llueve de la tierra hacia el cielo.



La mañana comienza en algún indeterminado punto de la noche. Allí donde todo acaba es justo donde empieza de nuevo.

Siempre es así. Algo indeterminable, determina los cambios. Una invisible mano al mando.

La caravana va a paso regular. Algunas antorchas aún encendidas, otras palideciendo por el constante roce con el rocío matinal.

Pero... ¿Invisible para todos?

Él va cerca de los primeros. Su dignidad es lo bastante como para ello. Ya antes ha demostrado merecerla; y puede que lo haga una vez más.

Llegan por fin al gran claro donde se espera, aparezca el enemigo.

Se reúnen según sus dignidades, hasta que el

primero da la señal, y se vuelven todos a él, que de pie, comienza a explicarles una vez más por qué luchan.

—La tierra que pisamos —les dice— es más que nuestra posesión. Es parte de nosotros mismos, y nosotros le pertenecemos también.

—Algunos creen que a ella volveremos, y que no hay otros lugares al morir, ipero lo único cierto es nuestro derecho, y el de nuestra tierra, a poseernos los dos! —los ánimos se enardecen, y poco a poco unos y otros levantan gritos al escucharle.

48 —Aquellos que desde lejos vienen no aprecian nuestro lugar, no respetan nuestras costumbres, y quieren gobernarnos a su antojo.

A estas alturas, él y tantos otros tienen los nervios a flor de piel.

Él piensa en la inmensa gracia de ser tocado por la daga del supremo sacerdote. De ser entregado a los dioses.

¿Invisible siempre?

Reconoce que el supremo honor está vedado para los que son como él, pero se ampara en lo más cercano a ELLOS, que es luchar, y sabe cómo hacerlo.

Con el ánimo más alto que los árboles donde

se refugian (con sus largos troncos, y los tantos niveles de ramas; sin duda son como se les ha dicho siempre, símbolo del cosmos, símbolo de ellos, los supremos), ven los primeros destellos de sol, y el recuerdo pálido que es la luna, disponiéndose a morir, como la noche.

Tambores. El enemigo ya es visible.

Se alinean para esperar la señal del primer guerrero.

El silencio se expande como una enfermedad contagiosa. Los hombres notan, cada vez con mayor claridad, su corazón latir: en las tensas manos, en las saltadas venas, en las cubiertas sienes..., el silencio no es silencio, es una ralentización colectiva. Es un solo corazón por el que corren las almas y la sangre de Xtun.

49

Con un grito, casi unísono a los contrarios, inician la infausta carrera.

Él lleva el peto de los de su condición, las armas a la mano y un molesto escozor en el tocado. Intenta correr, adelantarse. Va en primera línea, pero la dolencia arriba del ojo izquierdo no le dejará a menos que la atienda. Obligado, molesto y sintiéndose deshonrado, aminora su carrera.

Retrasado brevemente por corregir el tocado,

recupera la distancia perdida y llega al choque. El corazón de Xtun lanzándose sobre el odiado enemigo del sur.

La sangre de Xtun dispuesta a derramarse con tal de engullir finalmente a su presa.

Los dos bandos estallan describiendo dos olas humanas que con igual arrojo e ira se lanzan, golpean, zahieren incluso, y gritan enardecidamente.

Él se mueve entre la humana ola, batiendo la lanza, golpeando con el escudo y esquivando los movimientos de sus atacantes.

50 El olor lo inunda todo. Es lo único consciente en la batalla. El olor no confunde al guerrero; lo guía. Todo lo demás, sólo puede engañarle.

Uno tras otro, sus enemigos caen. El nivel del gran guerrero que él es se hace patente; y con el sol de la mañana, su escudo y su lanza pronto adquieren ese tono rojo que baña a los vencedores.

De pronto el olor se le vuelve rojo.

Piensa en la luna y la roja estrella bajo ella. Piensa que la estrella es un *ENCENDEDOR*.

Gritos, golpes, olor y más olor.

Muerte, vida, honor, destino y locura danzan, se baten a su alrededor, y él nota que simplemente ha perdido el vínculo con todo aquello.

No es suyo ya.

En voz baja repite la palabra *encendedor* mientras lucha, y no halla el sentido.

Encendedor no le dice nada.

Sabe que ha pensado en esa extraña palabra tan plana, al pensar en la estrella de antes..., la del brillo rojo que terminara inundando el cielo nocturno. Era roja.

Sólo al mirar la macilenta luna de un vistazo rápido, la encuentra roja. Acabando con el adversario, y ajeno momentáneamente a su alrededor, vuelve a mirar la luna, y le asalta un enjambre de ideas totalmente desconocidas...

Gasolina... Alto... Créeme seis lo que digo... ¡Víboras! Xtun..., la luna... ¡Roja!..., murmullos..., eco... ¡Xtun!...

Si la extraña palabra escrita a gritos en su mente le había producido escalofríos, que ni hoy ni nunca había sentido antes en una batalla, la rápida sucesión le afectó de tal modo que los rostros a su alrededor parecían comenzar a deformarse.

Rostros conocidos y nuevos se retuercen grotescos; como si cada enfurecida palabra reconfigurara sus formas.

Él se aterra, se llena de un miedo totalmente

desconocido. Un miedo al silencio. Nunca sintió tal anhelo de gritar.

Al gritar, mientras pelea —el miedo, curiosamente le impulsa a luchar—, suelta unas palabras que no comprende, y quienes le oyen, comienzan a compartir de alguna forma el miedo que él tiene.

Una sensación extraña en el pecho, un calor tóxico le hace mirarse.

Un miedo que se le escurre de las manos lo tranquiliza extrañamente.

Hay una lanza atravesada.

52 Siempre ha estado allí. Como si así fuera escrito desde mucho, mucho antes. Para él, es completamente natural. Pero un resquicio de miedo en sus ojos, Ojos de Xtun, pide sangre.

La estación..., la luna... ¡Xtun! Tierras lejanas..., monstruo blanco..., los árboles..., parque lejano..., escozor... Xtun..., ¡la noche de la luna de Xtun!

Rápidamente tira con todas sus fuerzas de la lanza, tensando sus músculos al máximo. Una vez fuera, se gira. El enemigo lo mira, y se le doblan las rodillas al verle lunas rojas en los ojos, *lunas rojas de Xtun.*

El enemigo caído no está vivo ya. No hay vida en sus pupilas. La vida se la han llevado los Ojos de

Luna Roja. Los devoradores ojos de Xtun.

Sin perder tiempo, y en grácil maniobra ensarta al enemigo con su misma lanza.

Le ha clavado por las ganas de ver escurrir el precioso líquido, que aunque extranjero, sagrado.

El hombre ya estaba muerto al caer de rodillas.

De pie, con la lanza erguida, la frente en alto, el cuello todo lo gallardo posible, mirando al sol, dominando la escena, estaba el corazón vivo de Xtun en pie de guerra.

Momentáneamente, sus amigos lo admiran, pues tiene la figura de ELLOS. Las ávidas lunas rojas que se taladraban en quien la mirada de quien le vio, terminaron de completar la irrealidad de la visión.

53

Tras unos instantes, el efecto pareció menguar. Sus compañeros le dedicarían significantes miradas y pronto seguirían en la encarnizada batalla.

Las piernas se le doblan, y la sangre mana abundante de su pecho. Las lunas palidecen. La ofrenda ha sido reclamada.

Pero no ha sido suficiente.

Se recuesta ya totalmente ausente de su alrededor. Y lo ve todo. Ahora todo se ve claro.

Xtun pierde. No aquel día, sino después.

En su mundo, ya sólo existe el brillo del sol

matinal, la sangre caliente de su boca, y la luna de Xtun.

Cierra los ojos; llora. Sabe que al igual que a él, a Xtun le espera la muerte. Y lo acepta, con ELLOS, nada puede ser para mal.

Lo sabe.

Lo cree.

Ha muerto por ello.

Los dioses han decidido favorecer a los otros. Las lunas le abandonan por completo. Los ojos vuelven al café oscuro de siempre...

54 Y al cerrarlos, anegados de lágrimas, la sensación caliente de la boca se torna fría de improviso.



Tomás abre los ojos y siente el sol mucho más alto de lo que lo esperaba.

La vista da la impresión de no enfocar debidamente. Piensa que tal vez está relacionado con el ardor en el pecho. Quizás con las lágrimas.

Una figura le hace sombra.

Tras unos instantes, las lágrimas ya se resecan lánguidas.

Con la vista enfocada, descubre a un labriego

que lo examina largamente con la vista.

—¿Está usted bien, patrón? —le dice con un tono que roza en lo servil. Tomás sospecha que es como la tercera o cuarta vez que lo dice; y sin embargo, es la primera vez que lo escucha.

Al notar esta vez una reacción, el campesino cambia la frase. Más bien explica.

—Le eché la agua en la cara porque no se quería usted para'. Y mire que lo estuve moviendo... —comenta el hombre, que por todos lados destila pintas de "gente de monte"—, 'sta llegué a pensa' que, diosito-no-lo-quiera, 'staba usted muerto...

—Estoy bien, gracias —afirmó Tomás, levantándose y mirando con sumo interés su pecho. Está la camisa, la tejana, y marcas de sudor. Pero nada más.

—¿Seguro questá bien? Como tanto que suda hasta pensé que lo fuera picar una culebra.

Tras revisarse brevemente, buscando picaduras o *pérdidas materiales*, y encontrando todo en orden, Tomás dijo:

—No, compa, estoy bien. Venga, nomás ayúdeme a levantarme.

—¿Y a dónde iba usted?

—Aquí al Poc —mencionó Tomás, dándose cuenta por fin de un viejecillo en un caballo.

—Yo voy a llevar a mi pa' a chequeo con un huesero.
¡Fíjese que se nos cae hace poco!

—Ya veo. Oiga, ¿voy bien para allá? —dijo apuntando el sendero que se perdía en la vista.

—Pues unos tres kilómetros más y llega al desvío. De ahí pa' la derecha todo recto. Peroyai' ranchos. No se pierde jefe. ¿Seguro está usted bien?

—Pues sí, creo que sí.

—¿Deveras no cree que lo haya picao algo?

Tomás estaba a punto de decir que no, cuando el viejo soltó un aparente galimatías, pero que a él le resultó conocido..., de alguna inexplicable manera.

56 —Ma' ki'inam, ma' kaan. ¡Xtun chi'ibal uj akaab!

El labriego volteó a ver al viejo, y luego al de la tejana. Dos o tres veces. Tomás ha tomado nota de las miradas cruzadas entre padre e hijo.

—¿Qué dice?

—No le haga caso, jefe, sólo supersticiones..., cosas que cuentan los viejitos —explicó el hombre con rabillo del ojo en el anciano— que no tienen qué hacer...

—¿Pero qué es lo que dijo? —insistió Tomás.

Con otra mirada hacia el viejo, medio resignándose como a una burla o regaño, el campesino explicó.

—Dice que no es ponzofia, porque no le picó culebra.
Dice que es por la noche del clipse de luna de Xtun.

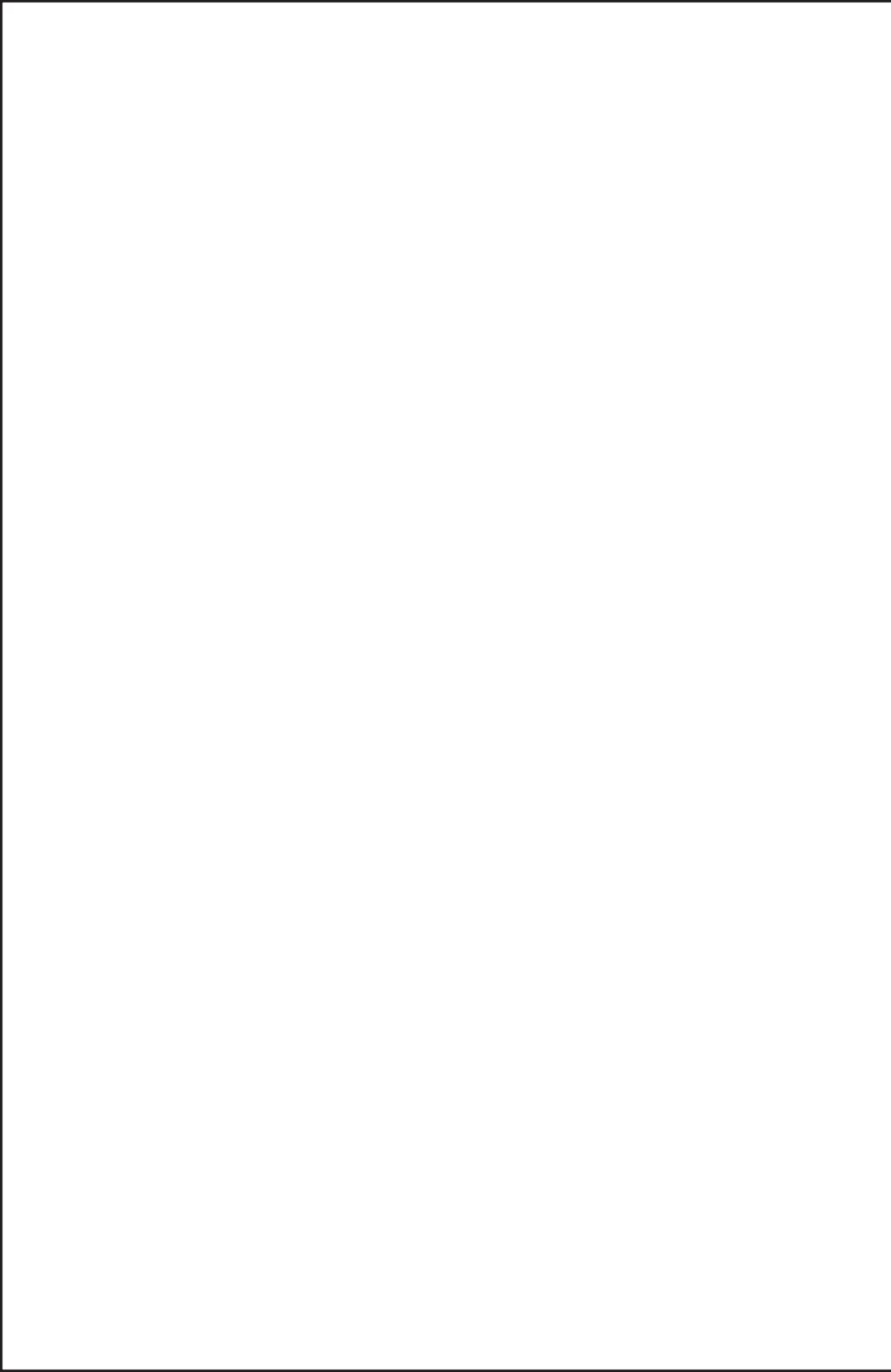
Aquello resonaba en la cabeza de Tomás. Pero sin hallar concierto ni significado.



Tras despedir al campesino y su padre, se encaminó a paso tranquilo hacia el Poc.

Sentía algo de sed, y le comenzaba a picar el tocado a la altura de la sien.

Al rascarse, opinó involuntariamente y sin hallar la explicación, que aquel viejo en el caballo se veía extraño sin un corazón palpitante en la mano.



Juan Thul vs. el alux del cenote y los K'ates³

Abraham Esteban Marín Quen

Un día se encontraba Winik sembrando maíz en su rancho, cuando los rayos del sol le recordaron que ya era hora de tomar agua. Fue a buscar su morral que había dejado en el tronco de un árbol de chanté, pero cuando sacó su calabazo vio que estaba vacío.

Sin preocuparse mucho, se limpió el sudor y encaminó sus pasos hacia el cenote que no se encontraba tan lejos de su parcela. Aquel día se sentía contento y pensó que después de todo era mejor que el calabazo estuviera vacío, pues así haría su pozole con agua fresca.

Llegó a la gruta donde está el cenote. Mientras llenaba su calabazo y se refrescaba, Winik sintió que alguien lo miraba desde algún lugar. Volteó de prisa hacia todos lados, hasta que vio a alguien parado

59

³ Tercer lugar en el Primer Concurso Universitario de Cuento "Voces de la Ceiba", 2011. El autor es estudiante del 2º semestre de la Licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública, Facultad de Ciencias Sociales.

sobre una piedra. Era un pequeño gordito, de ojos verdes y mejillas sonrosadas; de sus hombros colgaba una escopeta y un morral, y tenía un sombrero en la cabeza. Parecía un campesino, nada más que chiquito, que se iba al trabajo.

Como Winik todavía no conocía a los aluxes, después del primer susto que se llevó con la sorpresa, siguió llenando su calabazo.

—¿Quién eres? No te había visto. Si te hubiera echado agua, no habría sido mi culpa.

Entonces se dio cuenta que el hombrecito había desaparecido y le dio miedo. Salió de la gruta y se
60 fue corriendo hasta el pueblo, en donde lo primero que hizo fue contarle al viejo Tok'iook lo que pasó. Él lo escuchó atento, y después le dijo:

—Lo que viste fue un alux. Así como lo ves de pequeñito, no le llevas ventaja en fuerza; es muy travieso y a veces, cuando está molesto, puede ser malo. Dicen que, en tiempos inmemoriales, los aluxes fueron creados para cuidar las milpas y los montes, aunque ahora corren sobre ellos muy distintas historias. Se cree que, en realidad, fueron creados por personas "muy antiguas", de las que nada se sabe; y que ellas los hicieron mezclando barro cocido con la sangre de un animal inteligente,

fuerte y audaz. Otros afirman que eran muy ágiles, pues dicen que su cuerpo está conformado con partes de diversos animales del bosque, y que sus piernas fueron hechas de los ciervos más rápidos que se hayan encontrado. Cuentan, además, que cuando un alux quedaba terminado, parecido a un muñeco con baja estatura, sus creadores lo llevaban hasta el interior del bosque y de las milpas y lo ponían bajo un árbol. Hasta ahí se le llevaba ofrendas de han li cool (comida del monte) y de agua fría. Al cabo del tiempo, el muñeco desaparecía de forma misteriosa y, precisamente al desaparecer, el alux cobraba verdadera vida. Vamos, Winik, muéstrame dónde estaba.

61

La verdad es que, de buena manera, Winik hubiera dicho que no, pues todavía le duraba el susto. Pero como le daba pena que Tok'iook pensara que era un cobarde, lo llevó a la gruta del cenote. Al llegar, buscaron por todas partes pero no encontraron a nadie, solo vieron las pisadas pequeñas y redonditas de los pies del alux.

—Este es terreno del alux —dijo Tok'iook—, como te dije, estos seres fueron creados para cuidar las tierras, y a este le fue encomendado esta tierra. Tendrás que tener mucho cuidado y traerle ofrendas

para que no se meta contigo. Será mejor que nos vayamos, no sea que esté durmiendo y lo estemos molestando.

Y salieron de la gruta en la que solo quedaron el agua y el viento.

62 Pasaron los meses. Winik, todos los primeros días del mes, llevaba la ofrenda al alux de la gruta. Hasta ese momento, no había pasado nada extraño, su rancho estaba tranquilo y normal. Una mañana, al levantarse temprano, vio todos sus animales regados, su parcela destruida y algunos animales estaban muertos. Winik se extrañó de lo sucedido y pensó que había sido un animal del bosque, y lo dejó pasar. Se comenzó a preocupar cuando a la mañana siguiente y todas las demás mañanas pasaba lo mismo. Su ganado empezó a disminuir y su parcela empezó a escasear. Ya no sabía qué hacer ni a quién buscar, y recordó a Tok'iook. Lo fue a visitar para ver qué se podía hacer, llegó a su casa y le explicó lo sucedido. El viejo quedó sorprendido y le dijo que esa noche se escondiera sobre un árbol para ver qué era lo que ocurría durante la noche, si era un animal o algo mucho peor.

Buscó un árbol de huaya muy grande, en el cual se encubriría. Llegó la noche, Winik se subió al

árbol y espero ahí. Ya se estaba durmiendo, cuando de repente escuchó a lo lejos, dentro del bosque, unas risitas y pisaditas, y vio que dentro de las ramas salió el alux del cenote, quien venía acompañado de otros aluxes..., y no era todo, con ellos venían otros seres, también pequeños pero tenían más forma de humanos y eran más serios, pues ellos no se venían riendo; al contrario, venían molestos y gruñendo. De repente, vio cómo los aluxes abrían los corrales y espantaban al ganado a pedradas y a sombreroazos; los otros seres eran aún más malos, ellos eran los que mataban al ganado a pedradas y, con la ayuda de los aluxes, destruían la parcela. Esto puso furioso a Winik; pero sabía que no podía hacer nada, pues si se bajaba del árbol a pelear con ellos iba a correr con la misma suerte de su ganado, así que se quedó ahí impotente por no poder hacer nada. Esperó que se fueran los aluxes y bajó del árbol a recoger todo. Fue al monte a buscar las vacas que le quedaban, después fue a ver a Tok'iook.

Winik le contó todo lo sucedido y sobre esos otros seres malévolos y perversos que vio. Cuando Tok'iook escuchó lo sucedido, se quedó espantando y dijo:

—Es mucho peor de lo que había pensando. Esos otros seres son los k'ates, ellos son descendientes

de la primera raza de habitantes en estas tierras. Ellos construyeron los palacios y los monumentos impresionantes, que hoy solo son ruinas en la tierra de los mayas. Se cuenta que esos enormes edificios fueron hechos en un abrir y cerrar de ojos, que con solo soplar ordenaban las piedras en forma de pirámide, cuadrángulo, observatorio y juego de pelota. Pero los k'ates se volvieron soberbios con tanto poder y quisieron ser más importantes que sus creadores. Los dioses mayas vieron esto con gran enojo y, como castigo a tanta altanería, los encerraron en sus cuerpos sin magia para que escarmentaran al ver cómo todo lo que habían construido se iba perdiendo en el bosque. Estos seres son muy raros y no se ven mucho. Es muy raro que estén haciendo eso con tu rancho; de seguro, quieren algo que hay en tu rancho, vamos para ahí para investigar qué es lo que quieren.

Llegaron al rancho, y vieron que había muchas pisadas sobre un solo lugar, como si algo se encontrara debajo de ahí. Empezaron a escarbar en ese lugar y encontraron unas ruinas, que los k'ates habían construido. En ese momento supieron cuál era la razón de que los k'ates se encontraran haciendo maldades en compañía de los aluxes, pues

eran sus construcciones ocultas debajo de este terreno; y esta área había sido encomendada a los aluxes para cuidarla de la destrucción total. Esta era la razón por la cual, a pesar de que Winik le llevaba ofrenda al alux del cenote, él y sus compañeros seguían molestando y haciendo maldades.

Tok'ioik le aconsejó a Winik que en la tarde, cuando el sol estuviera en su máximo punto, se parara en el lugar donde habían escarbado y se pusiera hablar hacia el monte para que los k'ates y los aluxes lo escucharan. Y así lo hizo, se paró a medio día, cuando el sol estaba más fuerte, y se dirigió hacia el monte y dijo:

—K'ates y aluxes de estas tierras, esta tierra ya no es de ustedes. Los años han pasado y este rancho ahora es mío.... Y, por ende, todo lo que hay en él, igual. Les pido, de la manera más atenta, que por favor dejen de molestarme a mí y a mi ganado; si no lo hacen, tomaré medidas más extremas. Por favor.

Después de esto, continuó con sus labores diarias. Pasó el día, y se acostó a dormir. Al otro día, al levantarse, vio que había pasado lo mismo de todos los días: el ganado estaba esparcido, una que otra res muerta, la siembra de la parcela destrozada. Esto enojó mucho a Winik, y se fue corriendo a ver a

Tok'iook; le reprochó que sus indicaciones no habían funcionado, entonces el viejo dijo:

—Tendremos que recurrir a la medida más antigua y peligrosa que hay. Esta, sin duda, no fallará, esos seres verán su suerte, tendremos que recurrir a Juan Thul

—¿Juan Thul? —preguntó Winik.

66 —Sí, es un viejo ser que cuida las tierras y ayuda cuando verdaderamente las personas lo necesitan; y creo que este es un caso así. No existe ser más fuerte que él. Tendremos que pedirle ayuda, para eso debemos buscarlo. Hoy en la tarde, antes de que el sol desaparezca, iremos al cerro x'kok para hacerle una ofrenda, y para ver si nos ayudará. Venme a ver en la tarde.

Llegó la tarde, y Winik fue a ver a Tok'iook. Salieron al monte, caminaron por largo rato hasta encontrar el monte x'kok. Este era alto y apenas dejaba pasar los rayos del sol, que ya se ocultaba tras él.

Al llegar ahí, Tok'iook sacó de su morral una pelota de masa de maíz nuevo, preparó zacá y se lo ofreció entre rezos a Juan Thul, el dueño de la tierra y del ganado. Cumplida la ceremonia, Tok'iook y Winik regresaron al rancho.

Winik sentía mucha curiosidad por conocer el resultado de su ofrenda, así que en la noche se preparó y subió de nuevo al árbol de huaya. Allí acurrucado entre las ramas, escuchó las risitas de los aluxes que, de repente, aparecieron brincando alrededor del ganado, tomando licor y golpeando con su sombrero el lomo de los animales; y, tras de ellos, salieron los k'ates, furiosos y diciendo maldiciones.

Entonces, como si un pedazo de la oscuridad se hubiera desprendido del monte, apareció Juan Thul con la forma de un enorme toro negro, con larga cola que arrastraba por el suelo; de sus ojos salían flamas rojas y sus resoplidos levantaban el polvo. Tres veces rascó con su pezuña el suelo Juan Thul y, con un bramido terrible, embistió a los aluxes y los k'ates. Estos últimos lograron esquivarlo; pero los aluxes corrieron para donde su miedo les dio a entender, con los ojos a punto de salirse.

Los k'ates rodearon a Juan Thul como planeando hacerle algo; pero él, de repente, empezó a elevarse mientras gruñía como si le estuvieran quebrando los huesos; entonces pegó un enorme resoplido, el cual llevaba fuego, y en un abrir y cerrar de ojos quemó a los k'ates hasta convertirlos en cenizas.

Desde aquel día, no volvió a suceder nada anormal en el rancho de Winik, pero cuentan los viejos del pueblo que los aluxes se preparan para volver y vengarse..., pero siempre ahí estará Juan Thul para guardar de las maldades a los animales y a la tierra. En cuanto a Winik, él simplemente vivió feliz, y su historia vivida se convirtió en leyenda del Mayab al contarse de generación en generación.

El perro de cera (lokok peek')⁴

Humberto Mauricio Chi Cohuó

La historia que les voy a narrar viene de generación a generación, de parte de mis bisabuelos paternos; ellos lo aprendieron de sus abuelos, cuyas raíces provienen de nuestro último batab, conocido como Jorge Canul "El Hidalguense", de la comunidad de Nunkiní. Esta historia me la comentó mi abuelita, que aún vive, y a continuación se las voy a narrar.

69

Primera parte

En 1541, a la llegada del Sr. Gaspar de Pacheco, como el primer encomendero del Sr. Francisco de Montejo, el hijo, conocido también como "El mozo", trajo por primera vez a Nunkiní dos enormes perros de raza mastín, de instinto asesino. Así fue que los nativos del cacicazgo Ah Canul conocieron, por

⁴ Mención honorífica en el Primer Concurso Universitario de Cuento "Voces de la Ceiba", 2011. El autor es estudiante del 2º semestre de la Licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública, Facultad de Ciencias Sociales.

primera vez, a estos animales.

En el año de 1580, surgió una leyenda en el poblado de Nunkiní: *El perro de cera*, también conocida por su nombre en maya como *Lokok peek'*.

70 Todo esto sucedió un día cuando un grupo de nueve cazadores, entre ellos un brujo o j-men, como se le conoce en la lengua maya, fue hacia donde se encontraba la salinera del Sr. Appal Canul, al Oeste de la comunidad de Nunkiní. Al llegar a una enorme sabana, los hombres construyeron su campamento y empezaron a cazar animales para comer; sabemos que durante el consumo de alimentos se tiran desperdicios, que otros seres vivos los pueden comer. Sin embargo, los cazadores los tiraban en cualquier lugar, pues no tenían ningún animal cerca de ellos para que los aprovechara. En ese momento, a uno de ellos se le ocurrió tener un perro, tal como los que trajo consigo el Sr. Gaspar de Pacheco. Así se lo comentó a sus compañeros de campamento, y juntos comenzaron a pensar en formar a un perro de ese tipo.

En esa época abundaban las abejas nativas, como la melipona, melipuzá, minimelipuzá, k'àan ts'àak, x-ta'aj ka'ab, entre otras; por lo cual, los cazadores empezaron a coleccionar cera para la

formación de un perro. Cuando tenían ya la cantidad suficiente de cera, iniciaron a darle forma de la siguiente manera: el cuerpo de cera, los ojos del fruto de sip' chée (árbol silvestre), la lengua de hongos gruesos que salen en las matas de los árboles en putrefacción, el corazón de piedra dura (took' tunich) y todos los demás órganos fueron hechos de cera. Así fue construido el perro de cera (lokok peek'), el cual fue elaborado más grande de los que trajo el Sr. Gaspar de Pacheco. El perro no tenía ningún movimiento, y los cazadores empezaron a preocuparse sobre cómo podían darle vida.

Entonces, el brujo del grupo preguntó si 71
estaban dispuestos a colaborar donando su sangre para dársela al perro, a fin de que este cobrara vida. El grupo manifestó estar dispuesto; el brujo dijo: "Desde el día de hoy empezaremos la transfusión de sangre al perro". Así fue, iniciaron con el primer cazador; al segundo día, con otro cazador; al tercer día, con el tercer cazador, y así sucesivamente. Sin embargo, llegado el octavo día, el perro seguía sin ningún movimiento. Solo quedaba esperar ver lo que ocurriría al noveno día, su último día de esperanza; según las creencias mayas, los números 4, 9 y 13 se relacionan con el mundo sobrenatural.

Cuando amaneció, al noveno día, le tocó el turno al noveno y último cazador en dar su sangre al enorme perro de cera (lokok peek'). Este empezó a tener sus primeros movimientos, por lo que el grupo se entusiasmó ante el éxito obtenido.

Así, los cazadores contentos cazaban, cocinaban, comían..., y el resto de la comida se lo tiraban al perro; de tal manera, que ya no tenían desperdicios de sus alimentos.

72 Por las noches, los nueve cazadores dormían tranquilamente, sabiendo que tenían a su perro guardián para cuidarlos; pero, en una de aquellas noches, sucedió una tragedia y una sorpresa para el grupo de cazadores. Cuando amaneció, notaron que faltaba uno de sus compañeros; sin embargo, no le prestaron ninguna importancia sobre dicha desaparición. A la segunda noche, volvieron a dormir tranquilamente, confiando en su perro guardián para cuidar de sus sueños; mas, al amanecer, se dieron cuenta de la desaparición de otro de sus compañeros al ver su hamaca vacía. Tampoco le dieron importancia a esta desaparición, pensaban que se había adelantado en la cacería. De la misma manera sucedió noche tras noche, durante siete días. Uno a uno se fueron perdiendo los compañeros

del grupo de cazadores; ya solamente quedaban dos de los nueve que habían creado al perro de cera (lokok peek'). A la octava noche, uno de los dos restantes dijo entre sí: "esta noche voy a descubrir al culpable de la desaparición de mis compañeros".

Llegada la octava noche, los dos cazadores se acostaron a dormir; pero aquel cazador, decidido a averiguar lo que ocurría a su alrededor, se mantenía alerta a fin de ver al responsable de las desapariciones. Fingió que dormía, acostándose bocabajo en su hamaca; mientras que su compañero dormía profundamente, lo mismo que su perro.

De repente, el perro, calculando que sus amos se encontraban totalmente dormidos, se levantó a husmearlos para asegurarse de que estos ya estuvieran dormidos. El que estaba pendiente observó todos los movimientos que hacía el animal. El perro, creyéndolos realmente dormidos, se abalanzó sobre uno de ellos, le mordió la yugular, matándolo de una sola mordida; enseguida, comenzó a devorarlo.

Así, el cazador pendiente de los hechos descubrió al culpable de la desaparición de sus compañeros. Siendo el único cazador sobreviviente, esperó a que su perro se durmiera para huir de él, pues sabía que no tendría ninguna posibilidad de

matar al perro de cera; ya que de haber usado sus flechas, no dañaría al perro por estar elaborado de cera. Asimismo, ni las balas de la escopeta lo dañaría; la única opción para salvarse de aquel perro de cera era la huida.

Al ver profundamente dormido a su perro, tomó su escopeta y salió sigilosamente para no despertarlo. En su huida, se desvió, yendo hacia al Norte en lugar de ir al Este, que era el punto cardinal para llegar al pueblo.

74 Al despertar, el perro empezó a buscar el rastro de su amo, olfateando por todas partes, hasta que por fin localizó la dirección seguida. El perro comenzó a aullar. Y el cazador, que huía, logró escucharlo; ante tal amenaza, aumentó la velocidad de su marcha, sabiendo que si el perro lo alcanzaba no lo dejaría vivo.

En su carrera veloz, pensó en una última posibilidad para salvar su vida: incendiar la sabana. De este modo, el perro no podría alcanzarlo. El cazador sacó una piedra verde (un pedazo de estrella, según comentan nuestros antepasados) de su bolsa y un pedazo de metal; golpeó la piedra con el metal, produciendo una brillante chispa. Así fue como incendió la sabana. Cuando el perro llegó cerca

de la enorme llama, se detuvo; intuía que no podía pasar el fuego sin derretirse. Así, este inteligente hombre fue el único que, de los nueve cazadores, pudo regresar a su lugar de origen: Nunkiní (Núuk K'íin).

Al llegar al poblado, manifestó a las autoridades lo ocurrido, quienes tomaron medidas precautorias para salvar del perro de cera al pueblo. Acudieron con el sacerdote de la comunidad; la gente se reunió, y todos juntos fueron al lugar de los hechos para orar y darle gracias a los guardianes del monte "Aluxes".

De esta manera, fue que el perro quedó encantado y encadenado en un lugar conocido con el nombre de Petén Nooj Óox (aguada del Gran Ramón).

75

Segunda parte

Varios años después del encantamiento del perro de cera, un grupo de valientes, juntamente con sus perros indios, equipados con sus escopetas, decidieron ir a investigar sobre la leyenda del perro de cera. Se encaminaron rumbo al Petén Nooj Óox (aguada del Gran Ramón). El día Jueves Santo, antes de llegar, casi ocultándose el sol, el grupo decidió

acampar en un lugar llamado Chúun Xáan (tronco de huano). Ya oscurecía, cuando una persona del grupo vio a lo lejos acercarse un perro grande que venía del Este, y avisó al grupo. Uno de ellos les dijo que ese perro no era el que esperaban ver; así que no usaron sus escopetas. El gran perro, al llegar junto al grupo, se sentó en el suelo mirando al Este. Después de que el perro se acomodara bien, apareció el segundo que venía del Norte; al llegar junto al grupo, se sentó en el suelo mirando al Norte. En ese momento apareció el tercer perro, causando más sorpresa para el grupo; este se acomodó mirando al Oeste. Finalmente, apareció el cuarto y último perro, el cual se sentó junto a los demás, mirando al Sur, por donde vino.

El grupo comentó que esos cuatro perros, venidos de los cuatro puntos cardinales, no eran simples perros, sino perros guardianes.

Después de que los perros quedaron bien acomodados, como a los cinco minutos, escucharon a lo lejos el ruido que producía la cadena del perro de cera acercándose al grupo. Sus perros criollos o "malixes" empezaron a aullar; incluso, algunos perros del grupo defecaron en ese momento. Los valientes señores, quienes iban dispuestos a dispararle al

perro de cera, se desmayaron de miedo..., excepto uno de ellos, el cual vio cómo cruzaba el perro de cera con sus enormes cadenas y su domador.

(El domador es una persona de doble mundo, conocido como "Jats' Úu", que se refiere a un humano en gestación que llora en el vientre de su madre. Ante esto, el padre empieza a enterrar nueve granos de cacao en distintas partes de su terreno. Cuando nace el niño, los aluxes envían infinidad de aves para alimentar al bebé y a la mamá. Cuando el pequeño empieza a gatear, va directamente hacia la dirección en donde se encuentran enterrados los granos de cacao; los desentierra, obteniendo con ello un gran poder que consiste en su capacidad para vivir y desempeñarse como ser humano, al mismo tiempo que es capaz de vivir, trabajar y casarse con algún alux. Por esa misma razón, el trabajo de un Jats' Úu es domar a los Wáayes o embrujados.)

77

Cuando el perro de cera se alejó del grupo, empezaron a volver en sí los desmayados. Al ser cuestionados por el único señor que se mantuvo consiente sobre su decisión fallida de dispararle al perro de cera, los señores no dijeron nada.

Los cuatros perros, que vinieron de los cuatro puntos cardinales, volvieron hacia el lugar de donde

habían llegado. Después de tal suceso, todos los señores regresaron a la comunidad de Nunkiní, donde contaron todo lo sucedido.

Tercera parte

78 En los años cuarenta, el tejido de los petates era una actividad importante para la vida económica de los pobladores de Nunkiní; y en ese entonces, un señor llamado Úxs Uc y otros señores fueron a limpiar y cortar material de petates al lugar llamado Petén Káj, cerca del Petén Nooj Óox, lugar en donde los habitantes de Nunkiní cuentan que ahí quedó encantado el perro de cera. Un día, durante la Semana Santa, los señores, quienes planeaban regresar a sus casas con sus cargas, se quitaron del Petén Káj para venir rumbo a Nunkiní. Al entrar la noche, solo lograron avanzar hasta un pozo llamado de Chuun Xáan, y acamparon en un sitio limpio cerca del camino.

Ya entrada la noche, vieron que se acercaba un señor muy extraño, quien los regañó diciéndoles que le estaban dando mucho trabajo. Les dijo: "Por favor, señores campesinos, yúum k'áankabiok', aléjense del camino porque en este momento voy a pasar con el enorme perro de cera, porque en esos

días de Semana Santa debo pasear al perro de cera". De pronto, desapareció el señor mientras miraban pasar al perro de cera arrastrando su enorme cadena. Los señores jamás volvieron durante toda su vida al Petén en Semana Santa, porque dicen que, en estos días, el mal está presente en la tierra, y uno debe evitar ir al monte porque algo negativo podría ocurrir. De esta manera concluye la historia del perro de cera.



La presente edición de
"Voces de la Ceiba"
se terminó de imprimir en Marzo de 2012
Obra elaborada en los talleres de
AB Industrial Gráfica del Sur S.A. de C.V.
bajo los auspicios de la
Universidad Autónoma de Campeche.
500 ejemplares.